

VOLVEMOS A SREBRENICA

Adelisa Sejtanic

Allí se encontraba Amira, en su cómodo y acogedor apartamento de la ciudad de Berlín, que ella misma consideraba como una fortaleza, en la que se sentía protegida y a salvo de su pasado. Estaba sentada en el sillón que se encontraba junto al teléfono. Todavía no era capaz de asimilar lo que acababa de escuchar, no sabía si alegrarse o sumergirse en un mar de lágrimas. Había aparecido, después de veintiún años. Habían encontrado los restos de su marido en una fosa común. Esta siempre fue una herida abierta en el corazón de Amira, y de alguna manera esperaba que su esposo no apareciera para evitar revivir los fantasmas que desde hace tantos años la atormentaban.

Seguía sentada en su pequeño sillón mientras volvían a ella todos los recuerdos dolorosos que siempre intentaba evitar. A través de unos viejos amigos, sus suegros consiguieron contactar con ella y, después de recriminarle que desapareciera sin despedirse de nadie, se negara a retomar el contacto con ellos y no les permitiera conocer a su nieto, le contaron que, tras siete meses de búsqueda, habían encontrado los

últimos restos que quedaban del cuerpo su marido a las afueras de Srebrenica.

Cuando escuchó estas palabras, no fue capaz de responder, ni siquiera pudo emitir algún sonido que confirmara que seguía al otro lado del teléfono. Llevaba veintiún años evitando a sus familiares y antiguos amigos, no quería nada en su vida que le recordara a Bosnia y mucho menos a su ciudad, Srebrenica. Sin quererlo, aquella tarde volvían a su cabeza los recuerdos, pero era incapaz de evocar ni un solo detalle de su infancia o de los años anteriores a la guerra. En ese momento se sentía como si estuviera retrocediendo en el tiempo y volver al año 1991, cuando sólo tenía dieciocho años.

Amira se casó en mayo de 1991, era joven pero había encontrado en Emir todo lo que cualquier mujer desea. Como era costumbre, la pareja vivía con los padres de Emir y empezaba a plantearse tener un hijo pronto, pero todos sus planes y expectativas de formar una familia y vivir en su ciudad natal no pudieron cumplirse porque sólo un año después de su boda, llegaron las tropas serbias a la ciudad.

A mediados de mayo de 1992, miles de personas llegaron a Srebrenica huyendo del Ejército Popular Yugoslavo, que arrasaba ciudades y lo único que dejaba a su paso eran ruinas, columnas de humo negro y rastros de sangre. Tras haber saqueado la ciudad durante la primera semana del mes, los serbios abandonaron Srebrenica y esta se convirtió en el lugar de confluencia de miles de bosnios que huían de la miseria y los ataques.

Amira estaba aterrorizada con esta situación, pero su marido trataba de tranquilizarla, jurando y prometiendo que no la dejaría nunca sola y que estaría siempre con ella para que nada malo pudiera pasarle. Desde que empezaron los saqueos, en mayo de 1992, la ciudad estuvo constantemente sometida a bombardeos y la ayuda humanitaria que recibían era escasa. Así pasaron tres años, intentando sacar agua y

comida de dónde podían para sobrevivir, viendo como sus seres queridos y vecinos morían de hambre, de frío o a causa de los bombardeos y los disparos que procedían de las montañas que rodeaban la ciudad.

Cuando Srebrenica fue declarada zona segura y libre de ataques, llegaron más personas buscando refugio y la protección del ejército de las Naciones Unidas; pero esta situación inquietaba a Amira, quién intuía que las cosas no iban a mejorar y que incluso podrían ir a peor. Por desgracia, las sospechas de la joven se confirmaron cuando, el 11 de julio de 1995, las tropas serbias tomaron la ciudad.

El día 12 de julio cuando todavía estaba amaneciendo, la familia se despertó sobresaltada. En la calle se escuchaban gritos, llantos y golpes. Antes de que pudieran reaccionar, un soldado serbio abrió la puerta de la casa de un golpe y les obligó a salir rápidamente. Una vez fuera, se dieron cuenta de que los soldados estaban separando a los hombres y a las mujeres, y que cada grupo se dirigía a un camión diferente. Amira había quedado inmóvil cuando los soldados arrastraron a su marido Emir bruscamente hacia uno de los camiones, tanto Amira como Emir deseaban gritar, forcejear y resistirse a lo que los soldados ordenaban, pero no fueron capaces de hacerlo porque sabían lo que estaba a punto de suceder. En ese momento, la joven creía que una parte de ella estaba muriendo y que nada peor podría pasar. Ver a su marido alejarse acompañado de los soldados le rompía el corazón. Después de quince minutos de viaje, los soldados hicieron bajar a Amira y al resto de mujeres del camión, y caminaron hasta un edificio casi en ruinas. Dentro había una gran habitación con varias mantas tiradas en el suelo, las cuales servían de camas, y tres habitaciones más en la parte de arriba. Todas estaban atemorizadas, no entendían qué estaban haciendo allí y por qué las habían separado de sus familiares. No pasó mucho tiempo desde su llegada hasta que comprendieron para qué estaban ahí.

Las mujeres estaban sentadas en las mantas que había en el suelo, intentaban tranquilizarse unas a otras intentando no hacer ruido para no enfurecer a los soldados. Pronto apareció uno de los soldados, que parecía estar al mando, y ordenó a una de las mujeres que se levantara y subiera la escalera. Desde abajo, todas pudieron escuchar los insultos, los golpes y las súplicas de la mujer que estaba siendo violada. Cuando bajó las escaleras, las demás se encogieron al verla ensangrentada, repleta de moratones y con toda la ropa rasgada. Y así una a una subían y bajaban, cada una más ensangrentada que la anterior y sin apenas poder andar.

Pasaron un par de días. Amira sabía que llegaría su turno y solamente de pensar en ello sentía náuseas y deseos de salir corriendo. La tercera noche que pasaron allí, uno de los soldados estaba especialmente inquieto y no paraba de beber aguardiente y encender un cigarro tras otro. Mientras dormían, Amira notó que alguien se acercaba a ella y cuando abrió los ojos encontró al soldado mirándola fijamente. El hombre la agarró del brazo bruscamente y la obligó a subir las escaleras lo más rápido que pudo. Arriba sólo había una mesa y cuatro sillas a los lados de esta. El soldado que la agarraba por el brazo, lanzó a la joven con fuerza hacia la mesa y mientras desgarraba su ropa le dijo: ¿sabes cómo vamos a acabar con los bosnios? Fácil, nos vamos a asegurar de que vosotras no traigáis más al mundo, y te prometo que de aquí van a salir muchos descendientes de serbios. Cuando escuchó esto quiso romper a llorar, gritar, defenderse, cualquier cosa menos aguantar las manos de aquel hombre sobre su cuerpo, pero se obligó a sí misma a mantener la calma. No lloró, no derramó ni una sola lágrima, únicamente apretó los dientes y esperó a que el soldado la dejara marchar. Después de esa horrible noche, no volvió a dormir y ni siquiera comía la comida rancia que les ofrecían.

Pasó una semana desde su llegada, entraban y salían soldados; por suerte para Amira lo de aquella horrible noche no se volvió a repetir. En un descuido de los soldados que vigilaban el edificio, Amira y otra

mujer de su misma edad consiguieron escapar. Estaban cansadas, llevaban días sin comer y sin dormir, apenas podían andar, pero se esforzaron en correr lo más rápido que sus piernas les permitían. Llegaron a la carretera y por suerte para ellas pasaba un camión que llevaba ayuda humanitaria a la ciudad de Gorazde, los voluntarios las recogieron y las llevaron hasta la ciudad, que en ese momento era más segura que Srebrenica o Zepa.

Una vez allí, la mujer que escapó con Amira, Merima, consiguió contactar con unos familiares que habían huido a Eslovenia y desde allí se disponían a viajar hacia Alemania. De esa manera, después de quedarse allí durante un mes planificando todo, las dos mujeres emprendieron el viaje desde Gorazde hasta la ciudad de Novo Mesto, en Eslovenia. Aquella fue la última vez que Amira estuvo en Bosnia.

Antes de llegar a Eslovenia, se enteraron de que sus maridos habían sido asesinados el mismo día 12 de julio, cuando los soldados les separaron. Amira siempre había pensado que si algo le pasara a su marido sería devastador para ella, pero cuando se enteró no sintió nada. Ni siquiera cambió la expresión de su rostro, en su interior pensó que su marido tuvo suerte; ella prefería la muerte antes que ser violada por un soldado serbio.

Amira se encontró indispuesta todo el viaje y aunque pensó que podría ser por el cansancio o por todas las horas que duró este, cuando llegaron a Novo Mesto y fue reconocida por un doctor, le confirmó que estaba embarazada. Recordó el deseo de morir que sintió durante y después de la violación, pero no se comparaba con lo que estaba sintiendo en ese momento. A pesar de que siempre había deseado tener una familia numerosa, Amira no quería ese hijo, no lo quería en esas circunstancias. Antes de que fuera demasiado tarde habló con el doctor que la había atendido para abortar sin que nadie lo supiera, pero justo cuando se disponía a hacerlo sintió que eso no era correcto y que el bebé no tenía la culpa de lo que a ella le había sucedido, y decidió no abortar.

La única que sabía la verdad sobre el embarazo era Merima, la mujer que escapó con ella, pero jamás hablaron de ello porque las dos se sentían avergonzadas por lo que les había sucedido y prefirieron no mencionar aquello, pero Amira sabía que su amiga estaba orgullosa de la decisión que había tomado.

Amira dio a luz en Berlín, el 10 de abril de 1996. Llamó a su hijo Denis y optó por que el niño llevara su apellido de soltera, Begovic. El niño y todos los que rodeaban a Amira, creían que la joven había quedado embarazada antes del asesinato de su marido y que el padre del niño estaba muerto.

De repente, Amira se dio cuenta de que había dejado caer el teléfono y que su hijo Denis estaba a su lado, preocupado e intentando que su madre le explicara lo que estaba ocurriendo. Ella no era capaz de articular palabra y no podía dejar de pensar en todo lo que había ocultado durante esos años, a su mente volvían las imágenes de su marido, las casas derrumbadas y en llamas a causa de los bombardeos, los niños que pasaban horas llorando y asustados por los disparos que procedían de las montañas, los soldados, la violación...

Lo único que pudo decir fue: hijo prepara una maleta rápidamente y te cuento por el camino, volvemos a Srebrenica.